

JEREMÍAS.

LA VOCACIÓN EN TIEMPOS DIFÍCILES

INTRODUCCIÓN: Muchos han experimentado cómo la mayoría de la gente no comprendía su vocación. Los proyectos humanos no coinciden con los caminos de Dios. La denuncia de la injusticia y el anuncio de la verdad, de parte de Dios, a través del profeta son rechazados, Estorban. Molestan. Ser fieles a Dios sin dejarse “domesticar” no es fácil. La experiencia de Jeremías, en un etapa de profunda crisis en el pueblo de Israel, se ha repetido en la historia. También hoy hay indiferencia y oposición. Se sufre el desprecio por ser llamado. Pero en este tiempo de intemperie se hace más veraz la vocación.

1.- SU BIOGRAFIA.

El profeta Jeremías era de familia sacerdotal. Nace en Anatot, pequeña aldea situada a unos 7 km., al norte de Jerusalén, hacia el año 650 a. Cr. Su vida comprende dos períodos muy distintos: antes y después del año 609, fecha de la muerte del rey Josías.

Antes de este acontecimiento son años de optimismo: independencia política, prosperidad creciente, reforma religiosa. Los años siguientes son de decadencia: Judá dominada por Egipto (609-597) y por Babilonia: dos asedios y dos deportaciones (597 a. Cr., al rey Joaquín, y 586 a. Cr., al rey Sedecias). En este año Jerusalén cae en manos de los babilonios y el reino de Judá desaparece definitivamente de la historia.

Jeremías quedará en Jerusalén junto al gobernador Godolías. Este será asesinado por unos fanáticos. Al temer las represalias de Nabuconodosor huirá a Egipto arrastrando en su fuga al profeta.

Nadie como Jeremías ha sentido en su corazón y vivido en su propia carne el drama de su pueblo.

2.- EN ANATOT.

Siendo muy joven, recibe la vocación profética (Jer. 1,4-10). En este relato destaca la irrupción de Dios en la vida del hombre como algo inesperado y diferente:

- * Encuentro con Dios: “El Señor me habló así” (v.4)
- * Discurso introductorio: “Antes de formarte en el vientre de tu madre te conocí.” (v.5)
- * Objeción: “Yo dije: ¡Ah Señor Dios, mira que yo no sé hablar; soy joven” (v.6).
- * Orden: “Pero el Señor me respondió: No digas: soy joven. porque adonde yo te envíe, irás, y todo lo que yo te ordene, dirás” (v.7).
- * Palabras de aliento: “No tengas miedo de ellos, porque yo estoy contigo...”
- * Sino: “El Señor extendió su mano, toco mi boca y me dijo: Yo pongo mis palabras en tu boca.” (v.9-10)

En este relato vocacional Jeremías indica: “El Señor me habló así”. La palabra del Señor es lo único decisivo en su vida. Todo lo demás -el lugar, el modo- es secundario. Todo el peso recae en esa palabra que se comunica al hombre.

En el discurso introductorio se indica la misión: “Te constituí profeta de las naciones”. Dimensión universal. Misión que desborda los límites de la patria. Dios piensa en Jeremías antes que nazca. Tres verbos destacan la acción de Dios: te he formado, te he elegido, te he consagrado. Es el profeta de la intimidad. No ha sido elegido para gozar de Dios, sino para entregarse a los demás, como profeta, mensajero de Dios.

Jeremías tiene miedo. Por la grandeza de su misión. Se considera inadecuado. Es la reacción humana ante la vocación. Aduce que no sabe hablar. Que es muy joven. Pero Dios no acepta su objeción.

“Yo estaré contigo”. Palabras de aliento. Dios toca la boca de Jeremías. Pone sus palabras en ella. Se refrenda la autoridad del profeta. Su palabra será palabra de Dios. Su misión: arrancar-arrasar; destruir-derribar; edificar-plantar. Denuncia del pecado del pueblo y anuncio de salvación.

3.- EN JERUSALEN.

Pronto marcha a Jerusalén, en la época de Josías: reforma política y religiosa. El profeta ve con buenos ojos esta reforma. (Coincidió con cinco reyes y sólo hablo bien de éste). La muerte de Josías (en Meguido, 609) provoca su cambio de vida. En el reinado de Joaquín (609-589), en un discurso, ataca la confianza fetichista de los jerosolimitanos que han convertido el templo en una cueva de bandidos (Jer. 7, 1-15). Con el discurso pone en peligro su vida.

En el 605 Nabuconodosor vence a los egipcios. Babilonia, gran potencia. Jeremías anuncia la invasión de los babilonios en castigo por los pecados de Judá. (Jer. 19, 1-20,6). No le escuchan. Lo azotan y lo encarcelan. No cesa. A través de su secretario Baruc sigue leyendo en el templo las palabras recibidas del Señor. Joaquín rompe el escrito y lo tira al fuego. Arresta al profeta y a su secretario. Pero consiguen escapar.

Tantas persecuciones influyeron en el profeta. Escribe sus “confesiones”. Aflora el cansancio y el dolor profundo por su misión. Muestra su rebeldía ante Dios. Se desahoga de su propia desgracia. No siente la presencia de Dios. Su vocación entra en crisis. Reclama del Señor el cumplimiento de sus promesas.

Se lamenta de tanta persecución (Jer. 15, 10-20). El Señor le responde que tiene razón, pero que es para su bien y que debe ser fuerte, pues también la suerte de su pueblo será dura. Aduce tanto su intimidad con la palabra de Dios como su soledad. Una soledad exigida por Dios y no recompensada con su presencia prometida.

Jeremías analiza su vocación, las consecuencias que le ha traído. La oposición contra él crece. Su tensión interna alcanza cotas más elevadas. La quinta confesión (Jer. 20, 7-8) es el culmen del desgarramiento psicológico.

Es la confesión más dura de todas. Ya no se fija ni en Dios ni en los hombres. Se encierra en sí mismo, en el absurdo de su existencia, “para pasar trabajo y fatigas y acabar mis días derrotado”. Sólo le queda maldecir y desearse la muerte. La experiencia termina en el silencio de Dios. Ya no hay ni consuelo interior. Pero la palabra del Señor siguió llegando a Jeremías. Continúa proclamando el mensaje.

Su oficio se había vuelto muy problemático. Había aceptado la misión por obediencia y le parecía sobrehumana. Recorrió su camino hasta el fin, en el abandono de Dios. Sólo desde el misterio de Dios entendemos cómo su mensajero más fiel cumplió la tarea desde la noche más espantosa y la incompreensión más absoluta.

4.- EN RAMÁ.

Julio del 586, los babilonios entran en Jerusalén. Unos son deportados. Otros quedarán libres. Otros serán juzgados. Jeremías queda en libertad (Jer. 38, 28b-39,14).

En medio de la confusión es hecho prisionero. Conducido a Ramá con los deportados.

Después le liberan (Jer. 39, 11-12). Le ofrecen tres posibilidades. Elige quedarse en Jerusalén con el gobernador Godolias. Asesinan a éste. Jeremías aconseja permanecer en Judá, pero no le hacen caso y le obligan a marchar con ellos a Egipto.

5.- LA VOCACIÓN EN TIEMPOS DIFÍCILES

Le tocó vivir uno de los momentos más difíciles de su pueblo: la caída de Jerusalén y el destierro de Babilonia. Es un profeta de corazón abierto, que transparenta su grandeza y su tragedia. Es el hombre con sus miedos, dudas, debilidades. Pero con la firme confianza de que Dios puede sostener y dar sentido a una existencia como la suya, marcada por la incomprensión y el fracaso. Nos acerca a los abismos de soledad y abandono, a sus riesgos y desafíos, y a esa fidelidad última de una palabra encendida en sus entrañas que pugnará por salir, venciendo decepciones y resistencias.

Hombre de fe: Descubrimiento de la vocación y maduración de la fe. Fe de receptividad y acogida. confianza y simplicidad. Necesidad de purificar y personalizar: de una religión de obras a una de fe profunda. De una religiosidad cultural a una religión del corazón (Jer. 31, 3-6).

Hombre de Dios: Elegido por Dios. Ya no se pertenece. Vida prendida sólo desde Dios. Consagrado antes de nacer. Amor divino desde el seno de la madre: amor particular, electivo, determinante. La vocación es aquí don y en estado puro. Dios se fija con preferencia en lo que es menos apto o es desproporcionado o indigno.

Hombre del pueblo: La vocación se vive en el seno de una comunidad. Descubre su vocación “político-social”: está llamado a restaurar a Israel como pueblo, y la presencia del Señor en medio de las naciones. La situación del profeta es terrible en relación con el pueblo: es “un hombre sin pueblo”. A Jeremías: Yavé le prohíbe hasta orar por su pueblo. El profeta no puede ni llorar con su pueblo (16, 3-7) ni hacer fiesta con ellos (15, 18). Esto es voluntad de Dios.

Como todos los profetas Jeremías anuncia el castigo sobre su pueblo si no cambia de conducta. Pero habla también de la esperanza y del consuelo cuando se confía en el Señor.